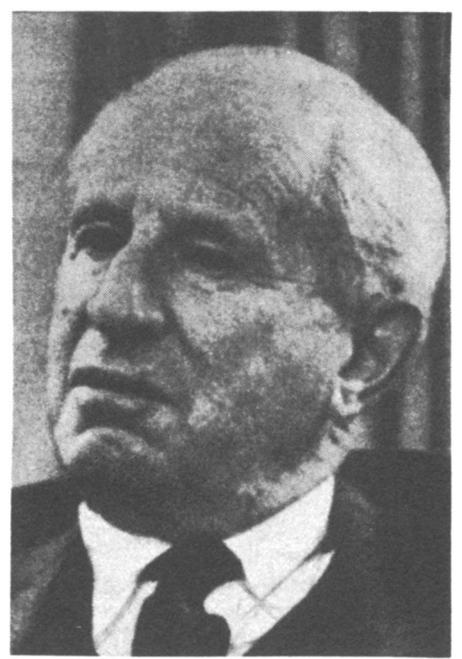


in: El Ciervo, Año 28, No. 344 (Octubre 1979), pp. 34-35.

Las dos muertes de Marcuse

ENRIQUE SORDO



La muerte de Herbert Marcuse ha sobrevenido cuando hacía varios años que su obra, divulgada casi clamorosamente durante algún tiempo, había perdido la mayor parte de su audiencia. Un inquietante fenómeno, el del proceso —cada vez más vertiginoso— de la aceleración de la Historia, parecía haber arrancado de raíz la “actualidad” — ¡mudable concepto! — de sus ideas filosóficas. Y sin embargo, no hace aún dos décadas, a lo largo de los años sesenta, Marcuse era el mentor, el más encimado profeta de la juventud insurgente, de los rebeldes con más o menos causa, de los enfebrecidos muchachos contraculturales y de la serie de utópicas revoluciones juveniles (a la larga positivas) que culminaron en 1968 con el famoso Mayo francés. Su obra puso en entredicho la sociedad contemporánea y su consumismo, denostó la unidimensionalidad del hombre por ella producido, y demostró que el mundo neocapitalista no era tan feliz ni estaba tan desprovisto de tensiones como se pretendía. Pero muy pronto los libros de Marcuse y las ideas contenidas en ellos fueron a dar en manos de ese hombre de una sola dimensión y se convirtieron en artículos de moda para ser absorbidos, fomentados y expendidos por las gentes que en ellos eran censuradas y denunciadas: la tentacular y disforme sociedad de consumo. Una vez más, la industria y el mercantilismo movían los hilos de la cultura, la manipulaban y la convertían en producto rentable. Uno recuerda haber visto, en la Barcelona de los sesenta, a bonitas y pimpantes hijas de papá, tan ignaras como “progres”, sorbiendo sus *long drinks* en la penumbra roja de Boccaccio mientras sostenían bajo el brazo un ejemplar de *El hombre unidimensional* o de *Eros y civilización* que —naturalmente— no habían leído ni leerían jamás.

EL FIN DE LA UTOPIA

Marcuse, tráfuga de la escuela de Francfort trasplantado al cerrado ámbito norteamericano, expuso ideas y desarrolló conceptos particularmente fecundos. Uno de los más lúcidos fue el del “fin de la utopía”. “Cualquiera forma de nueva vida sobre la tierra —dijo—, cualquiera transformación en el ámbito técnico y material, es una posibilidad real que tiene su lugar propio en el mundo histórico. Podemos hacer un infierno del mundo... y estamos en camino de hacerlo. Pero también podemos hacer lo contrario.” Efectivamente: tenemos en las manos todas las fuerzas intelectuales y materiales necesarias para realizar una sociedad libre; pero el problema no radica en las posibilidades intelectuales o materiales, sino en la voluntad de cambio, en el ánimo de variar la organización sociopolítica del mundo. Por eso hemos llegado al “fin de la utopía”, ya que la utopía lo era en tanto que se trataba de un proyecto histórico cuya realidad se suponía imposible. Y en el gran momento de las ideas marcuseanas esa utopía pudo haberse convertido en una posibilidad real, puesto que la joven generación

de entonces fue la primera que consideró la ruptura histórica como una cuestión de proyecto vital. Una actitud que desapareció en seguida.

Otro punto clave del influjo de Marcuse fue el de aplicar agudamente el método psicoanalítico de Freud al análisis de la sociedad, recogiendo el dilema “civilización-represión” anunciado por el médico vienés y desarrollando el concepto de “excedente de represión” o “sobrerrepresión” (*surplus repression*). Por otro lado, el *eros* de que habla Marcuse y que, según él, debe prevalecer sobre la *civilización*, no es el placer mecánico de la excitación del instinto sexual, sino el profundo gozo interior de la actividad en un trabajo creativo, humano y enriquecedor, como lo define Racionero. No menos atractiva para la juventud intelectual del momento fue la “lectura crítica del marxismo” realizada por Marcuse y acompañada de sus duras objeciones al “totalitarismo tecnológico” soviético.

CRITICA DE LAS ACTUALES SOCIEDADES DE GRAN DESARROLLO INDUSTRIAL

Las teorizaciones de las tres obras básicas de Marcuse —*Eros y civilización*, *El marxismo soviético* y *El hombre unidimensional*— están orientadas a desmitificar, con lúcida lógica, las ideas de “libertad”, “felicidad” y “moral” exhibidas por las actuales sociedades de gran desarrollo industrial. Un avisado analista de Marcuse, González Troyano, resume las teorías del filósofo recién fallecido en términos más o menos parecidos a estos: en las sociedades de tecnología avanzada, la idea de una civilización que no sea represiva aparece inviable, aunque esa posibilidad se base en el desarrollo de la ciencia y de la técnica, que, por el contrario, se ponen al servicio de los intereses que prolongan la dominación. Este último aserto constituye la tesis más sugerente de la obra de Marcuse: “la tecnología se desarrolla sobre la base de la opresión” y por tanto “la liberación no puede ser nunca el resultado del progreso técnico en sí”. Y fundamenta su denuncia de la “neutralidad” de la tecnología en que las necesidades de las organizaciones industriales modernas han impuesto al hombre la reconciliación con los medios de dominio y la integración en el ciclo de producción-consumo. La lucha por la acumulación de la capacidad productiva exigió una ética de austeridad, de puritanismo y de voluntad de poder que posteriormente hizo del hombre un consumidor de bienes cuantitativos, mientras que un terror sutil y discreto adaptaba su comportamiento y mentalidad a las estructuras dadas, privándole de la facultad de promover cualquier tipo de cambio cualitativo. De aquí la necesidad para las nuevas sociedades industriales de utilizar la psicología y el psicoanálisis como instrumentos de manipulación de las conciencias.

Con todas estas ideas, pendulantes entre el pesimismo y la esperanza, Marcuse fue el gurú, el pontífice, el pensador de cabecera de los jóvenes levariscos,

rebelados y enfervorizados de los "campus" de Berkeley o de las callejuelas de la "rive gauche" parisina. Su influjo inundó a la adolescencia de aquellas calendas. Pero duró muy poco. No traspasó los límites de una década. Los mismos que habían alzado sobre el pavés al filósofo germano-yanqui fueron los mismo que luego le denostaron crudamente, le despreciaron y le olvidaron sin remordimientos. Y sin embargo, la revolución por él preconizada quedó a medio hacer. Y muchos de sus diagnósticos y sus ideas deberían continuar vigentes ahora mismo. Porque aún perduran las trampas

y las tentaciones que él trató de debelar. Cierto es que el consumismo y el despilfarro están a punto de desaparecer. Pero, ¿es que los "pasotismos" de todo género, los abandonismos narcisistas, los estúpidos solipsismos y las voluntarias alienaciones hoy al uso no son la última consecuencia de la desilusión y el *tedium vitae* ocasionados por la sociedad de consumo y el falso bienestar de los últimos lustros? De las dos muertes de Marcuse —la física y la ideológica— la más incomprensible es la que una desorientada juventud intelectual ha dado a sus ideas.

¿Epílogo o epitafio?

JOAQUIM SALA-SANAHUJA

Estas líneas llegan con retraso; pero no es un retraso involuntario, o por lo menos totalmente involuntario. Piensen en las ironías del tiempo: Marcuse murió hace algo así como dos meses, mientras las masas se caldeaban al sol —el sol de California, el sol de la Costa Brava— y la realidad, eso que él persiguió con tanto ahínco, se difuminaba ante el espejismo de las vacaciones. Al fin, sin embargo, la realidad se restablece e impone a la escritura su quehacer necrológico. Epitafio, pues, de Marcuse, uno de los difuntos de más peso que han surcado estas líneas ya habituales.

Una aclaración a modo de paréntesis: de una manera o de otra, siempre, por el mero hecho de escribir, construimos epitafios. Escribimos sobre Marcuse cuando Marcuse muere —y no cuando nació, lo cual, sin duda, constituía un evento mucho más importante. También debemos esperar a que las cosas *pasen* para escribir sobre ellas, y así la escritura va perfilándose como un acto de muerte, como una articulación más de esa maquinaria que se pone en funcionamiento en el momento de la muerte. Todo ello no debería suponer negatividad alguna para el espacio de la escritura. Sin embargo, como para librarnos inconscientemente de esta fantasmal evidencia, tenemos tendencia a dejar pasar un tiempo prudencial. Es decir, a escribir en frío.

Acudamos a Marcuse: ante mí, en el momento de cumplir con el trámite tanatológico, tengo muchas de las obras de Marcuse; la mayoría de ellas en su edición catalana; la mayoría publicadas entre 1967 y 1971. Período significativo. Pues éste es el momento en que el pensamiento occidental se dispara en una de las mayores aceleraciones que la Historia registra. Y Marcuse contribuyó de modo preeminente a tal aceleración.

REPRESION Y LIBERACION

Formado a la sombra de Heidegger; miembro, aunque siempre algo discutido, de la "Escuela de Frankfurt", judío de origen alemán, la larga carrera de Marcuse se realiza a partir de 1934 en los Estados Unidos, para culminar en las ardientes jornadas californianas de Berkeley, en 1967, en cuya revuelta el nombre del pensador ondea como máximo estandarte. Berkeley, París, Berlín... En ese resquebrajamiento de las sólidas instituciones culturales y políticas, las teorías de Marcuse sobre la liberación juegan un papel preponderante. Porque, partiendo de Hegel y pasando por Freud, había sabido huir del realismo esterilizante que ha paralizado a la ortodoxia marxista. Contrariamente al marxismo ortodoxo, Marcuse no admitía la permanencia de las estructuras de clase, y la Historia, en tal tejemaneje, adquiriría para él una funcionalidad esencialmente represiva. Aparece aquí, entonces, el término que de pronto se pone de moda (aunque sea un clásico lugar freudiano) y que luego ha sido tantas veces cacareado hasta convertirlo en tópico y vaciarlo de todo sentido: "represión".

Según Marcuse, si hay represión social es porque, en un estadio anterior, existe represión sexual. Nace entonces lo que ahora se ha convertido en un estereotipo del que viven desde *Interviú* hasta el Club Mediterráneo: la liberación sexual. Nadie por el momento puede asegurar que tal liberación haya conducido a una determinada transformación social. Porque, si desde 1971 hasta hoy el curso del mundo ha cambiado, es precisamente en el sentido contrario. Lacan aseguraba hace ya varios años —y ya entonces *El Ciervo* se hizo eco de aquellas palabras— que la "liberación sexual" era un "piège à cons". Y Foucault, en su reciente *Historia de la Sexualidad*, muestra a las claras que, en su dimensión histórica, la supuesta "represión" está lejos de ser probada.

EL PAPEL DE LAS MINORIAS

Pero no por ello Marcuse caerá en el olvido. Mientras que sus coetáneos se enzarzaban aún en las clásicas polémicas en torno a la emancipación de una única clase oprimida, él vio que si algo debía alterar el curso fatídico de la Historia eran las minorías: y de ahí que también a finales de los años sesenta surjan, renazcan o adquieran nueva fuerza las minorías hasta entonces unánimemente menospreciadas. Minorías culturales, étnicas, sexuales, nacionales... Al mismo tiempo adquiere valor algo que luego ha sido abusivamente utilizado y deformado: la "diferencia". La diferencia, según Marcuse, debe ser invocada para romper las cadenas de la uniformización. Uniformización por lo demás irracional, proveniente de una sociedad que apenas puede pensar la *tecnología* en todas sus consecuencias, por ser ella misma una consecuencia... De ahí que debamos acudir a los "márgenes", a los marginados del "sistema", es decir, a los "diferentes", para intentar alcanzar la esperanza de una liberación absoluta.

El razonamiento, esbozado aquí a grandes rasgos, es sumamente sugestivo. Tiene poco o nada de marxista, y de ahí que los alborotos intelectuales y sociales de finales de los años 60 pillasen a contrapié a la ortodoxia marxista, que hasta entonces se monopolizaba, con su interrogación —dando las respuestas por adelantado— de la Historia y su dogmática de tres al cuarto, el llamado "pensamiento de la revolución".

Personalmente dudo que el Marcuse de estos últimos años pueda nunca alcanzar el formidable eco de 1968. Es cierto que desde entonces su actividad no decreció. Hace pocos meses habíamos leído una magnífica intervención del pensador en un dossier publicado por *Le Monde Diplomatique*. Pero lo más importante allí, quizá, fuese que todos los trabajos recogidos, que intentaban una interpretación de la "tolerancia represiva" como primer paso para la aparición de un "nuevo orden internacional", no podían prescindir del ahora legado marcusiano. En este campo verdaderamente Marcuse ha sido un liberador. Lo demás es, quizá, pura añadidura.